



ISBN 978-950-33-1155-4

Entre la sociabilidad y la subjetividad: género y ciudadanía en la autobiografía de María Rosa Oliver (1898-1977).

Marina Becerra (CONICET/IIEGE-FFyL-UBA/UNTREF)

Eje temático: 3. Cultura y política. Producciones y prácticas culturales y artísticas transformadoras

Palabras clave: ciudadanía, género, autobiografía

El *Emilio o de la educación*, escrito por Rousseau en 1762, sobre el cual se han escrito ríos de tinta, y de tinta particularmente crítica producida por los estudios feministas¹, planteaba dos espacios diferenciados, que serían los “naturales” para cada sexo, según sus cualidades específicas. Así, el espacio público era considerado el espacio masculino por excelencia, pues sería el mundo de la abstracción, la universalidad, la racionalidad, la objetividad, la política, la ciudadanía, la competencia y la producción –de bienes materiales y simbólicos-, todas cualidades adjudicadas a la “naturaleza” de los varones. En este esquema binario, el complemento restante de lo masculino sería lo femenino, cuyo espacio “natural” sería el mundo doméstico, el espacio privado, íntimo, particular, de la casa y la familia. Allí las mujeres podrían desplegar sus cualidades naturales, a saber, la afectividad, la abnegación –el cuidado de los otros por encima de sus propias necesidades-, y dedicarse a su tarea histórica fundamental, el “destino más noble y necesario de toda mujer”: la maternidad. Dado que la justificación de esta estructuración dicotómica eran las “cualidades naturales” de cada sexo, se trataba de una ordenación inmodificable. Esto es lo que Bourdieu (...) ha llamado violencia simbólica: la (re)presentación de una realidad como “dada” (por naturaleza) ocultando los fundamentos históricos (las relaciones de poder) que le dieron origen.

En este trabajo analizo las representaciones femeninas acerca de las complejas relaciones históricas entre ese mundo considerado “privado”, y el mundo de lo público, en la primera mitad del siglo XX. Para ello, trabajo a partir de narraciones escritas por mujeres, en particular las hoy llamadas “escrituras de la intimidad” –autobiografías, cartas, diarios íntimos, diarios de viaje-, pues allí se puede ver no sólo cómo se construyen narrativamente esas relaciones en la imaginación de las mujeres, sino también, y en estrecha relación con lo anterior, la producción narrativa de la propia identidad (femenina). En esa construcción, hay una combinación de estrategias de resistencia, acomodación, y también por supuesto, dócil aceptación de las normas que definen determinados derechos (participación en tal o cual espacio) según el sexo (definido según la biología, y considerada ésta como un hecho natural –es decir, no mediada por el discurso, y por lo tanto, como una fantasía irrealizable²-, siguiendo los cánones científicos –positivistas- dominantes en los inicios del siglo XX y que se extendieron como “sentido común” hasta bien pasada la mitad del siglo).

¹ Ver especialmente Pateman (1995) y Cobo (1995)

² Para una síntesis de la discusión de los conceptos de sexo y género ver Barrancos (2008). Una posición disruptora de esta oposición se puede ver en Butler (2003).

Aquí analizo estos problemas a partir de la autobiografía de la escritora argentina María Rosa Oliver (1898-1977), pues permite ver las complejas relaciones entre la ciudadanía (la exclusión y luego subordinación de las mujeres de la esfera pública) y la intimidad, ya que en su narración aparecen estrechamente imbricados ambos mundos: lo cotidiano en lo político, y viceversa, lo político en la vida cotidiana. A tal punto aparece esta imbricación intrínseca, que lleva a la disolución de la división binaria entre esfera pública y privada, pues en su autobiografía aparecen ambos mundos indisolublemente implicados mutuamente.

La autobiografía de Oliver consta de tres tomos, escritos entre 1960 y 1977. El primero se publicó en 1965, con el título cosmopolita, ambicioso, pícaro de *Mundo, mi casa*; el segundo, en 1969, con el título de *La vida cotidiana*; y el tercero, titulado *Mi fe es el hombre*, se publicó póstumamente en 1981 (Oliver terminó de escribirlo en 1977, meses antes de morir)³.

La autobiografía de Oliver se puede interpretar, como otras autobiografías escritas por mujeres, como un gesto de resistencia frente al hecho de ser narrada por otros, pues se trata de una época histórica en la cual las mujeres estaban excluidas (luego subordinadas) de la esfera pública, y carecían de derechos civiles y políticos. Oliver pertenecía a la aristocracia porteña, lo cual le dio sin lugar a dudas mayor autonomía para desplegar ciertas “libertades” que otras mujeres de clases más bajas no podían incluir en sus horizontes de vida (escribir, publicar, viajar). En este sentido, la intersección⁴ de género y clase es aquí un punto de partida nodal para analizar las estrategias de resistencia y/o reproducción de las mujeres durante el siglo XX.

Oliver relata sus diversas y muy significativas formas de resistencia al orden social hegemónico –sus luchas contra la discriminación de todo tipo, por el pacifismo, contra los fascismos, por los derechos femeninos, entre otras-. Y si bien registra que la conjunción vasta y diversa de signos políticos que se agrupaban en la lucha antifascista a través de la Junta de la Victoria (organización que ella misma había impulsado) era inevitablemente coyuntural, señala un rasgo que ubica “por encima” de las banderas ideológicas:

Las mujeres más activas, las más eficaces, las de mayor iniciativa, fuese cual fuese su ideología, adquirirían autoridad y con ello se sentían más responsables. (Oliver, 2008: 94).

Esto que señala Oliver sobre las otras, y que hoy llamaríamos agencia (Butler, 2004), es lo que ella misma produce a través de su escritura: en la acción intersubjetiva, en la lucha política, dice Oliver desde su presente, se construye la propia voz, y ese proceso

³ [En el primer tomo de su autobiografía Oliver recuerda –construye- su infancia, su primer viaje a Europa junto a su familia desde 1909 hasta 1911, las desventuras de su enfermedad –poliomelitis, contraída a los 10 años, y que le impediría caminar durante el resto de su vida-, sus primeras identificaciones literarias, los silencios sobre la sexualidad en su pubertad –tema tabú incluso en su familia-, su primer registro de la discriminación de clase, de género y de razas, su deslumbramiento frente al desfile de las sufragistas en Londres. En el segundo tomo, referido a su adolescencia y hasta los años 30’, Oliver refiere sus encuentros y desencuentros con diversxs intelectuales de la época, el inicio de la revista *Sur* junto a su amiga Victoria Ocampo, la formación del grupo que daría origen a la Unión Argentina de Mujeres cuyo objetivo era luchar contra la pretendida reforma del código civil, que reforzaría el sometimiento de las mujeres, entre otros temas. El tercer tomo se refiere a las posiciones de Oliver desde los años 30 en adelante, con especial énfasis en sus luchas contra el fascismo español durante la guerra civil española, y luego contra el nazismo durante la segunda guerra mundial, así como el surgimiento –impulsado por la propia Oliver- de la Junta de la Victoria. Para un período posterior de la vida de Oliver, se puede consultar el prólogo de Botana \(2011\) al libro que recoge las cartas escritas entre María Rosa Oliver y Eugenio Guasta entre 1960 y 1976.](#)

⁴ Utilizo el concepto de interseccionalidad en el sentido de la *convergencia* entre diferentes tipos de discriminación, cuyo impacto específico se traduce en términos de accesos diferenciados a derechos y oportunidades (Symington, 2004).

es, para las mujeres –hasta hacía muy pocos años despojadas de derechos civiles y todavía sin derechos políticos, pues el relato se sitúa en 1941-, la construcción de su propia autonomía, de una identidad, en este caso, feminista y antifascista.

Es interesante vincular este punto con la concepción de ciudadanía de Hannah Arendt (1993), que plantea que la ciudadanía va más allá del derecho al voto, y se define como un ejercicio continuo y autorreflexivo que se produce en la esfera pública. Además, Arendt articula los procesos de construcción de ciudadanía con la esfera de la subjetividad, al plantear que la identidad se construye narrativamente, a través del relato, y que, además, esto sólo es posible intersubjetivamente, porque es la mirada de los otros la que significa discursos y acciones propios. Ella parte de la Polis como metáfora, y entonces plantea que se puede pensar un “espacio de aparición” en el cual las personas pueden actuar y hablar colectivamente. En este sentido, la constitución subjetiva *requiere* la presencia en este espacio, que sería la esfera pública, porque allí se producen las relaciones con los otros en tanto sujetos –y no en términos instrumentales, es decir, como meros intermediarios para el intercambio de mercancías-. Entonces, por una parte, se trata de una subjetividad eminentemente política, porque se produce y desarrolla en la esfera pública. Pero a su vez, nos dice Arendt que “la esfera pública surge de actuar juntos, de ‘compartir palabras y actos’” (Arendt, 1993: 221), o sea, que el surgimiento de la Polis, más allá de las razones históricas, viene a garantizar una especie de “recuerdo organizado” para que las acciones y discursos de los hombres⁵ puedan ser vistos y oídos por muchos otros hombres, es decir, garantiza el reconocimiento por parte de los pares, de esas acciones y discursos.

Pero además, Arendt toma la palabra “Ciudadano/a” de su etimología latina: a partir de la idea de “persona”: esto significa utilizar una “máscara” que reemplaza la cara del individuo pero que hace posible la resonancia de la voz. Y además, al usar una máscara, el portador asumiría las cualidades de representación de esa máscara.

Esta idea tiene relación con la figura retórica de la “prospopeya” (que es dotar de una máscara o un rostro a algo que no lo tiene) que Paul De Man (1991) ha utilizado para referirse a la **desfiguración** que se produce en el acto de la escritura autobiográfica, al intentar restablecer un momento ya pasado (o “muerto”).

Entonces, al escribir la autobiografía, la escritora Oliver (en este caso) asumiría la identidad representada en su escrito, su máscara, su forma particular de darle sentido a algo que no lo tiene previamente. Y ésta sería también la forma en la que las personas excluidas de la ciudadanía, pueden proyectar su voz –a través de la máscara: es decir, de la publicación de su autobiografía- en la esfera pública, en ese espacio intersubjetivo donde se construye la ciudadanía, a través del relato, de la puesta en sentido –en determinado orden temporal y espacial- de la propia historia singular.

En este sentido, Oliver relata que durante los años 30’ participó en la conformación de la Unión Argentina de Mujeres, junto a comunistas y socialistas y acompañada también por “la primera con título de médica en nuestro país, y veterana en la lucha por los derechos femeninos: Elvira Rawson de Dellepiane” (Oliver, 1969: 349), y por su amiga Victoria Ocampo –elegida presidenta-, entre otras. Relata entonces que el objetivo central era luchar en contra del proyecto de modificación de la ley de derechos femeninos (aprobada en el año 1926), que estaba en debate durante 1936. El proyecto de reforma del Código Civil se enmarcaba entre las políticas regresivas del gobierno de Agustín P. Justo, y consistía en el agregado de una cláusula mediante la cual la mujer

⁵ Si bien Arendt no trabaja desde la perspectiva de género, su conceptualización constituye un aporte muy productivo para los temas aquí tratados.

casada no podría aceptar ningún trabajo ni ejercer profesión alguna sin previa autorización legal del marido. (Oliver, 1969: 348). Oliver cuenta entonces que Victoria Ocampo había ido a ver al presidente de la Corte Suprema para plantearle “lo absurdo” que era el proyecto de reforma del Código Civil, y éste le respondió: “¿Para qué se preocupa por esto, señora, si usted no necesita trabajar?” (Oliver, 1969: 354) Y luego plantea que “para las mujeres de nuestro medio social (somos) ‘unas locas que se meten en lo que no deben cuando podrían pasarlo regio’” (1969: 354).

Aquí vemos que Oliver no se jacta de pertenecer a la clase más alta de la sociedad, sino de distinguirse ad hoc de ella. Este intento insiste en su autobiografía. Uno de los conceptos ilustrativos de esta distancia prudente que toma Oliver respecto de sus códigos de clase es la búsqueda de una respetabilidad –modificando parcialmente el sentido que le ha dado Hobsbawm (1974: 246) a este concepto-. Hobsbawm llama “respectability” a una búsqueda característica de las clases subordinadas en la Inglaterra del siglo XIX, fundada en el rechazo del gozo inmediato, en un trabajo duro de autoeducación en el presente con vistas al futuro. Pero también, nos dice el historiador inglés, es una característica de las costumbres burguesas. Oliver parece responder a esta búsqueda, aún perteneciendo a la aristocracia porteña.

Por otra parte, Oliver parte del supuesto de que efectivamente existiría un hilo de coherencia – “convicciones”, las llama ella- que recorrería su vida: la lucha contra los fascismos, contra las desigualdades sociales, étnicas, de género. Así empieza el tercer tomo:

“De estas dos guerras [guerra civil española y 2da guerra mundial], la que más gravitó en mí fue la de España, porque en ella se jugaban con mayor evidencia y de manera más directa las **convicciones** que me identificaban ante mí misma. No sé cuándo empecé a tenerlas, si es que alguna vez no las tuve. Recuerdo, en cambio, los trechos de mi prolongada postadolescencia en que, para estar a tono con mi ambiente social y gozar de sus halagos, traté de relegarlas muy al fondo de mi conciencia. Latentes ahí, bastaba cualquier estímulo exterior para que afloraran a la superficie con tal fuerza que las sentía como los verdaderos, quizás únicos, resortes de mi vida.” (Oliver, 2008: 57)

Aquí vemos que la autobiografía “funciona”, en efecto, como acto de afirmación identitaria (frente a los estereotipos de clase y género), en el sentido de lo que De Man denominó prosopopeya, es decir, siguiendo la lectura de Nora Catelli (2007), donde el sentido de narrar la propia historia proviene de la necesidad de dotar de un “yo” (de un rostro, una voz) mediante el relato, a aquello que previamente carece de yo. Entonces, el **yo** no es ya un punto de partida sino lo que resulta del relato, precisamente lo que resulta de esa necesidad de cubrir el vacío con la máscara, que se crea a través de la escritura. Y frente a ese vacío de sentido, nos dice Althusser, se ponen en acción ciertos rituales: “practicamos sin interrupción los rituales del reconocimiento ideológico que nos garantizan que somos realmente sujetos concretos, individuales, inconfundibles e (naturalmente) irremplazables.” (Althusser, 1988: 54). En este sentido, se podría pensar también a la autobiografía como ritual de (auto) reconocimiento ideológico. O, en términos más actuales, se podría interpretar como uno de los rituales que nos garantizan determinada identidad – (re)presentada como estable, única y centrada-, siguiendo la conceptualización de Judith Butler –lectora de Althusser-.

Además, la autobiografía de Oliver tiene un sesgo testimonial, y en este sentido es una forma de explicar(se) en el presente de la escritura, un pasado que, a la luz de los acontecimientos posteriores, aparece cuestionado desde el horizonte ideológico en el que ella se inscribe, al cual David Viñas ha caracterizado críticamente como “la izquierda bienpensante” (Viñas, 1998: 263). Con esta síntesis Viñas alude a los gestos “políticamente correctos” con que Oliver (se) explica, escenifica y justifica en el tercer

tomo de su autobiografía, su rol de asesora cultural en Washington, entre 1942 y 1944, en la Oficina Coordinadora de Asuntos Interamericanos –creada en agosto de 1940–, bajo el gobierno de Roosevelt, en el marco de las políticas de “buena vecindad” implementadas por Estados Unidos para consolidar un arco panamericano de países aliados en la lucha contra el fascismo.

Pero Oliver, que, como su amiga Victoria Ocampo, pertenecía a una de las familias aristocráticas de la sociedad porteña de fines del siglo XIX, se hace cargo de muchas de las contradicciones de la autorrepresentación marcadas por el género (femenino). Se interroga sobre su lugar en una sociedad excluyente en términos de género y de clase, como mujer de una clase privilegiada, que se asume como feminista y marxista. En referencia a los actos públicos de octubre de 1945, escribe:

La ceguera y tilinguería del sector que primero Sarmiento, después Irigoyen y ahora Perón llamaron oligarquía se me hace más patente al estar junto a muchos de sus integrantes por un motivo serio que cuando alternaba con ellos por la sencilla razón de que había nacido y me había criado en ese ambiente. Aproveché luego este privilegio para luchar contra los privilegios. (Oliver, 2008: 405)

Vemos entonces que hay un cuestionamiento acerca de la figuración tradicional de la mujer de su época, y Oliver, escritora de su propia historia, se esfuerza en mostrar este deslizamiento. En ese empeño Oliver escenifica repetidas veces sus profundas diferencias con otras mujeres de su clase, empezando por diferenciarse de su propia madre.

Sin embargo, este despliegue de actos de resistencia y distanciamiento encuentra sus límites en la propia escritura de su autobiografía, en el sentido de que Oliver reproduce los canones de legitimación dominantes de la escritura autobiográfica de la época. Es decir que estas resistencias al status quo, desplegadas intensamente por Oliver en el plano político, tienen su límite en el plano estético, aunque esta diferenciación sólo tiene fines analíticos, ya que ambos niveles están siempre imbricados de formas diversas.

Esta reproducción de los canones de legitimación hegemónicos –masculinos– es visible en la búsqueda de Oliver por representar lo más “fielmente” posible los hechos, bajo la ilusión de referencia. Es decir que la escritora trabaja desde una idea referencial del género autobiográfico, siguiendo los códigos de legitimación dominantes, que postulan la mayor correspondencia posible entre la narración y los hechos vividos.

Otro aspecto reproductivo de los canones de legitimación dominantes en la autobiografía de Oliver tiene que ver con la linealidad del relato a través del cual construye su autofiguración⁶, y también con el sentido teleológico que va construyendo en la narración. A través de estas 2 estrategias narrativas, que se mantienen en el esquema de los términos masculinos de validación discursiva, Oliver va construyendo su figura pública, la que desea proyectar en el campo cultural y político del cual forma parte. Entonces, si bien Oliver desliza reflexiones acerca de la complejidad y confiabilidad del trabajo de la memoria –que es otro modo de interrogarse acerca de la distancia entre el tiempo narrado y el tiempo presente de la escritura–, estas preguntas son “resueltas” en pos de “un” sentido general:

“(…) si bien ahora ciertos hechos no me causarían la misma emoción que en su momento me causaron, no es porque mi sensibilidad haya variado sino porque la dinámica de la vida y de la historia ha modificado mi criterio. Sin desviarlo, así lo creo, **de las convicciones que nos hacen optar por lo que da un sentido** y un derrotero a la existencia.” (Oliver, 2008: 51)

⁶ Me refiero a la construcción de la imagen pública de sí misma que hace Oliver a través de su autobiografía. Sobre el concepto de autofiguración ver Amícola (2007) y Molloy (2001).

En síntesis, los límites de su resistencia a la naturalización de la desigualdad (de clase y de género) están en la propia escritura autobiográfica, que, por otra parte, es precisamente la forma que encuentra Oliver para nombrarse a sí misma, en la esfera pública, como una luchadora (feminista y antifascista). Se plantea entonces una paradoja: la instancia de la escritura autobiográfica por un lado, le permite construirse una identidad resistente a los mandatos de género y clase, una autofiguración que la ubica en el campo político y cultural argentino como una escritora comprometida y militante, y es también un gesto de resistencia frente al hecho de ser narrada por otros, pero a la vez, esa misma instancia es lo que escenifica los límites de esas luchas: en esa forma de contar, que reproduce los códigos de legitimación dominantes para el género autobiográfico, se produce determinado significado.

Entonces, la fidelidad a su época histórica es visible efectivamente *allí* donde la escritora Oliver quería: en esa búsqueda de correspondencia entre el relato y los hechos narrados, pero no porque exista mayor o menor correspondencia entre ambos registros – ese análisis no es objeto del presente trabajo-, sino por la misma pretensión de correspondencia, como forma de acreditar la realidad de lo histórico.

Y por último, en estas encrucijadas entre sujeto y estructura, entre historia y sociología, entre individuo y sociedad, podemos pensar -si fuera posible sintetizar los conceptos de Arendt y de Butler mencionados más arriba, en relación a la autobiografía de Oliver- a la ciudadanía como agencia. Es decir, si pensamos a la ciudadanía como intersubjetividad, se incluyen dos dimensiones centrales: en primer lugar, la posibilidad de la libertad, ya no entendida como la cualidad intrínseca del sujeto soberano propio de la filosofía idealista, sino que se trata de sujetxs inmersxs en una estructura lingüística que lxs precede (y excede) y que constituye precisamente la segunda dimensión. Ésta, está dada por las determinaciones constitutivas de esa estructura lingüística que es anterior a lxs sujetxs, que a la vez que lx limitan, lx sostienen, y abren entonces el espacio social de sus posibilidades de reconocimiento intersubjetivo, es decir, de ser interpelados, y por lo tanto, de alguna identidad –aunque “nómada”- en este caso, feminista, antifascista, pacifista.

Bibliografía

- Althusser, Louis (1988) *Ideología y aparatos ideológicos del Estado*, Buenos Aires, ed. Nueva Visión.
- Amicola, José (2007) *Autobiografía como autofiguración. Estrategias discursivas del Yo y cuestiones de género*, Rosario, Beatriz Viterbo.
- Barrancos, Dora (2008) *Mujeres, entre la casa y la plaza*, ed. Sudamericana, Buenos Aires.
- Butler, Judith (2003) *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del sexo*, Buenos Aires, Paidós.
- Butler, Judith (2004) *Lenguaje, poder e identidad*, España, Editorial Síntesis.
- Catelli, Nora (2007) *En la era de la intimidación*, Rosario, Beatriz Viterbo.
- Cobo, Rosa (1995) *Fundamentos del patriarcado moderno. Jean Jacques Rousseau*, España, Cátedra.
- De Man, Paul (1991) “La autobiografía como desfiguración”, en *La autobiografía y sus problemas teóricos*, Barcelona, Ed. Anthropos, Suplementos 29.
- Hobsbawm, Eric (1974) “As classes operárias inglesas e a cultura desde os princípios da revolução industrial”, en *Níveis de Cultura e grupos sociais*. Coloquio ENS, Paris, mayo de 1966. Lisboa, ed. Cosmos e Martin Fontes.
- Molloy, Sylvia (2001) *Acto de presencia*, México, Fondo de Cultura Económica
- Oliver, María Rosa (1995) *Mundo, mi casa*, Buenos Aires, Ediciones de La Flor.
- _____ (1969) *La vida cotidiana*, Buenos Aires, Sudamericana.
- _____ (2008) *Mi fe es el hombre*, Buenos Aires, Biblioteca Nacional.
- Pateman, Carole (1995) *El contrato sexual*, España, Anthropos.
- Symington, Alison (2004) “Interseccionalidad: una herramienta para la justicia de género y la justicia económica”, en *Derechos de las mujeres y cambio económico*, Nro. 9, Canadá, Awid.
- Viñas, David (1998) *De Sarmiento a Dios. Viajeros argentinos a USA*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana.